



El sistema agroalimentario en Andalucía

Manuel Delgado Cabeza, Grupo de Investigación Análisis Regional y Economía Andaluza (AREA), Departamento de Economía Aplicada II, Universidad de Sevilla

La elaboración y el consumo de alimentos ha ido separándose progresivamente de su vinculación directa con la agricultura y con el entorno próximo en el que ésta se desenvolvía para insertarse en un complejo sistema que comprende hoy todo un conjunto de actividades y relaciones desde las que se resuelven las cuestiones de qué, cómo y para quién se producen, se distribuyen y se consumen los alimentos y que conforman el llamado sistema agroalimentario. Las tendencias y características de este sistema aparecen, a su vez, progresivamente ligadas a los imperativos del crecimiento y la acumulación dentro del sistema económico vigente. Se trata, dentro del sistema, de alimentar las necesidades de esa lógica por encima de las necesidades alimentarias de las personas. En este artículo se analiza el sistema agroalimentario en Andalucía haciendo un recorrido por dos periodos, uno comprendido entre los años 60 y 80 del siglo XX, y otro más reciente, que arranca en los 80 y que puede en principio asociarse con lo que ha venido en llamarse globalización. Para ello, se definen los rasgos que caracterizan la situación de partida y la evolución seguida por la industria agroalimentaria andaluza.

The Agri-Food System in Andalusia

Modern means for the production and consumption of food have progressively severed their ties to traditional agricultural practice and the context in which it developed. Today, they fit into a complex structure that includes a whole range of activities and relationships that define what, how and for whom food is produced, distributed and consumed – the mechanisms of the agri-food system. The trends and characteristics of this system are in turn increasingly linked to imperatives of growth and accumulation in the larger economic order, imperatives that take precedence over the basic food needs of the people. The article analyzes the food and agricultural system in Andalusia through an overview of two periods, one between the 1960s and 1980s and a more recent one, which started in the 1980s, and can be, in principle, linked to what has come to be known as globalization. In order to accomplish this, the article outlines the traits of the initial situation and the ensuing development of the food and agricultural industry in Andalusia.

En el supermercado.
Foto: Manuel García

LA PROVISIÓN ALIMENTARIA, DENTRO DEL SISTEMA

La manera en que nos alimentamos y el modo en que los alimentos se elaboran y llegan hasta nosotros ha experimentado un largo proceso, con profundas transformaciones, que tienen como hilo conductor su progresiva integración en la organización industrial de la producción, la distribución y el consumo. De tal modo que la elaboración y el consumo de alimentos ha ido separándose progresivamente de su vinculación directa con la agricultura y con el entorno próximo en el que ésta se desenvolvía para insertarse en un complejo sistema que comprende hoy todo un conjunto de actividades y relaciones desde las que se resuelven las cuestiones de qué, cómo y para quién se producen, se distribuyen y se consumen los alimentos y que conforman el llamado sistema agroalimentario.

Las tendencias y características de este sistema en el que se deciden las cuestiones básicas referidas a nuestra alimentación aparecen, a su vez, progresivamente ligadas a los imperativos del crecimiento y la acumulación dentro del sistema económico vigente. De modo que es la lógica imperante dentro de este sistema, es decir, la lógica de la acumulación, la que rige el funcionamiento y los modos de abastecimiento alimentario. Se trata, dentro del sistema, de alimentar las necesidades de esa lógica por encima de las necesidades alimentarias de las personas. El gobierno de esta lógica es el que explica también las estrategias que, desde dentro del sector, pretenden alejar las restricciones que imponen los factores orgánicos o biológicos -la naturaleza- sobre la expansión del negocio alimentario.

Las diferentes etapas por las que ha atravesado el sistema agroalimentario pueden encajarse dentro de los modos de organización y los procesos de acumulación seguidos por el sistema en su conjunto. En este sentido, aquí nos interesa hacer referencia a los dos últimos períodos en los que la provisión agroalimentaria se ha visto inmersa: el llamado segundo régimen alimentario, centrado en las décadas de los 50 y 60 del siglo XX, la época dorada en las economías centrales (del Norte) de la producción y el consumo del masas, y el período más reciente, que arranca en los 80 y que puede en

principio asociarse con lo que ha venido en llamarse globalización.

Estas etapas, originadas y definidas en y desde otros territorios, han tenido claras repercusiones en Andalucía, reflejadas en los tres eslabones más importantes de la cadena alimentaria: la producción agraria, la transformación (industria agroalimentaria) y la distribución de los alimentos.

En la primera etapa, los rasgos básicos del sistema agroalimentario habría que asociarlos a la consolidación de un modelo agroalimentario intensivo en capital y energía no renovable, que supone el predominio, definitivamente, de las relaciones mercantiles a lo largo de la cadena alimentaria. La provisión alimentaria se define y se construye cada vez en mayor medida desde las organizaciones empresariales dominantes en la cadena de valor alimentaria, gobernada en esta etapa desde el eslabón industrial.

En la agricultura, la modernización de la "revolución verde" entraña una triple separación o "externalización", en el camino de su "deslocalización" en relación con su entorno: se "externalizan" los conocimientos, alejándose el manejo de la actividad agraria de las condiciones locales de adaptación al medio; se separan también de lo local las fuentes de aprovisionamiento de la actividad agraria, que ahora proceden del exterior, a la vez que se aleja progresivamente la localización de los mercados de destino, separándose así la agricultura de las necesidades alimentarias del medio rural próximo; al mismo tiempo, tiene lugar una ruptura o separación entre la comunidad local y la naturaleza, con la que ahora las relaciones experimentan un salto cualitativamente importante hacia el dominio o la explotación.

La provisión alimentaria en su conjunto se "artificializa" en beneficio de los procesos de crecimiento y acumulación que tienen lugar fuera de la agricultura, bajo un doble proceso, señalado por Goodman y Redclift (1991) como de *apropiación* de lo local, por un lado, y *sustitución* por ingredientes industriales, por otro. Durante este período, el paradigma del desarrollo subordina lo rural a la más alta instancia de un industrialismo cuyas consecuencias revelan los inconvenientes y los costes

de la creencia en el inexorable progreso técnico; en este camino, "la alimentación fue arrancada de sus relaciones directas con la ecología local y la cultura para convertirse en un input de la dieta urbana y las plantas de procesado industrial" (MCMICHAEL, 2002: 21).

El paso de un sistema alimentario apoyado básicamente en ingredientes locales y perecederos a otro basado en un conjunto de bienes ampliamente mercantilizados y manufacturados de productos de larga duración –congelados y/o empaquetados– hay que situarlo en un contexto en el que están teniendo lugar cambios muy importantes en otros ámbitos, entre los cuales, los intensos procesos de urbanización, la incorporación de la mujer al mercado de trabajo y la generalización del uso de equipamiento doméstico provocarán modificaciones esenciales en los hábitos de vida y de consumo, desde las que se retroalimentarán y reproducirán las condiciones que fundamentan la acumulación y su regulación en esta etapa. La crisis de los 70 arrastra consigo a este régimen alimentario, que será sustituido por otro que permita la inserción de la provisión alimentaria en la nueva economía global.

En esta nueva etapa, los procesos de producción, distribución y consumo alimentario se integran por encima de las fronteras estatales; las estrategias de las organizaciones empresariales que modulan la dinámica del sector contemplan ahora tanto la gestión de los recursos como el acceso a los mercados a escala mundial. Se trata no sólo de una extensión cuantitativa de las relaciones mercantiles sino, sobre todo, de un cambio cualitativo en los modos de organización, condicionado en gran medida por el protagonismo que ahora adquiere el capital financiero (MARIDEN; WHATMORE, 1994); un capital que a la vez que hace posible la concentración, expansión y reorganización de las corporaciones agroalimentarias, modula el funcionamiento del sector desde criterios de "racionalización" contruidos bajo el imperativo de la "creación de valor" financiero; desde esta lógica financiera se ve estimulada la eliminación de restricciones para la localización, el aprovisionamiento, la producción, la distribución y el consumo agroalimentario.

En este contexto hay que situar la reestructuración de la agricultura, la industria y la distribución alimentaria,



La distribución es el eslabón del sistema agroalimentario que ha experimentado un proceso de concentración más intenso.
Foto: Monica Arellano-Ongpin



El consumo alimentario sólo adquiere sentido si se tienen en cuenta todos sus componentes (biológicos, sociales, económicos, simbólicos y culturales). Foto: Pablo Fuente Selman

cuyas dinámicas sólo pueden ser entendidas si se tienen en cuenta las tendencias y las fuerzas que la condicionan dentro de un complejo agroalimentario que participa de los principios del "régimen de acumulación flexible" (HARVEY, 1989). Un régimen caracterizado por la eliminación de trabas y ataduras, barreras y rigideces que puedan obstaculizar los procesos de crecimiento y acumulación asociados a los negocios relacionados con el aprovisionamiento alimentario, y en el que las formas organizacionales de los grandes grupos empresariales –protagonistas de la dinámica del sistema agroalimentario (CONSTANCE; HEFFERNAN, 1994; KNEEN, 1999; LYSON; LEWIS, 2000)– se orientan hacia complejas estructuras, mallas o redes globales asociadas a una

cadena crecientemente fragmentada en actividades, establecimientos y procesos fuertemente diferenciados. Densos entramados en los que la profundización en la división del trabajo corre pareja a una creciente capacidad de control, facilitada ahora por el uso de las nuevas tecnologías de la información y a un también creciente poder de las megacorporaciones para organizar y coordinar estos procesos.

En esta etapa, se inundan los mercados mundiales con alimentos que se dicen "de ninguna parte" (MCMICHAEL, 2002), pudiendo ahora ser manejada la adscripción territorial de los procesos desde estrategias globales que condicionan la "localización" de las diferentes piezas que componen el puzzle agroalimentario, construyéndose, incluso, o cambiándose "artificialmente" las "ventajas comparativas" -ahora *ventajas absolutas*- a partir de decisiones sobre la localización y el tratamiento de los diferentes nudos de la red. Esta estructura proporciona la posibilidad de utilizar los distintos territorios de la manera más "eficiente", de modo que el capital global tiene ahora la posibilidad de "optimizar" el aprovechamiento de las condiciones específicas de lo local. En este sentido, como se ha subrayado en otro lugar (DELGADO CABEZA, 1998), los territorios son ahora utilizados con mayor intensidad que nunca, de modo que la llamada "desterritorialización" debe ser entendida como falta de compromiso o enraizamiento del capital con los lugares concretos¹ y no como desvinculación entre procesos económicos y territorio, porque, por un lado, la globalización, "como estrategia para el control (y no la supresión) de la diversidad, supone una estrecha articulación con las especificidades locales" (VELTZ, 1999: 109) y, por otro, las implicaciones² territoriales en los lugares de localización de los procesos económicos son de una gran trascendencia. En el caso de la agricultura, se conforman ahora, según este modelo, grandes plataformas o enclaves agroexportadores que suponen sistemas locales de extracción y apropiación de riqueza en los que tiene lugar una explotación intensiva de recursos y especificidades locales en función de estrategias que, desde lo global, gobiernan la dinámica que condiciona los procesos que acontecen en el interior de los sistemas productivos locales (PEÑERO CÁNOVAS, 2001; SOLER MONTIEL, 2004, DELGADO CABEZA; ARAGÓN MEJÍAS, 2006).

En este contexto, en la medida en que nos alejamos de las primeras fases de elaboración en la cadena alimentaria, el valor monetario asociado a los distintos eslabones va creciendo más que proporcionalmente, de modo que quienes se posicionan en las últimas fases están en mejores condiciones para apropiarse del valor añadido generado a lo largo del proceso (NAREDO PÉREZ; VALERO CAPILLA, 1999). De manera creciente, esta capacidad de apropiación se asocia con la distribución, eslabón éste que ha experimentado un proceso de concentración empresarial aún más intenso que el experimentado en el sector transformador, y hacia el que se ha desplazado claramente el centro de gravedad de la cadena alimentaria en los últimos decenios (SANZ CAÑADAS, 1993; KONEFAL; MASCARENHAS; HATANAKA, 2005). La Gran Distribución controla hoy más del 80% de la comercialización de alimentos en los países industrializados, y desde su creciente poder de negociación a partir del manejo de grandes volúmenes de mercancías y márgenes muy acotados, y de toda una logística de organización, fija las condiciones de venta, presiona los precios a la baja, y consigue mayores aplazamientos de pagos y mejores condiciones de entrega, a la vez que aprovecha la competencia entre espacios y empresas proveedoras para obtener una parte mayor en la apropiación del valor generado en la cadena agroalimentaria.

Para el eslabón con mayores desventajas, la agricultura, a este menoscabo del valor de sus productos se añade el derivado del uso en el sistema económico de criterios de valoración reducidos a lo monetario que no tienen en cuenta dimensiones, daños y costes sociales y ecológicos esenciales para el mantenimiento de la vida en los lugares donde se localiza la actividad agraria. En el caso de los recursos naturales implicados en los procesos de producción agroalimentaria, el coste al que se valora su uso viene a ser el de extracción y manejo de los mismos, y no el coste físico o el de reposición, de modo que estos recursos son cedidos por la naturaleza y tomados de ella gratuitamente, como podemos constatar en casos como el del agua o el suelo, favoreciéndose desde este criterio de valoración el deterioro del patrimonio natural del medio rural donde se localizan estos procesos (NAREDO PÉREZ, 2006).

A estos elementos se suma la necesidad en el sistema de consumir alimentos baratos, de mantener el nivel de precios agrarios dentro de unos límites que no resulten "molestos" para la competitividad de los territorios, habida cuenta del papel de la alimentación como un coste que puede influir en el nivel salarial de las economías implicadas. Si a todo lo anterior se une el crecimiento de los gastos en consumos intermedios, el resultado será una reducción muy sensible de la agricultura como fuente generadora de ingresos, reflejada en un deterioro creciente de las condiciones de vida en el medio rural.

Por el lado del consumo, es obvio que la alimentación tiene dimensiones relevantes que van más allá de lo estrictamente económico. Incluso pudiera decirse que el consumo alimentario sólo adquiere sentido si se tienen en cuenta todos sus componentes, como fenómeno complejo (biológico, social, económico, simbólico, cultural) (CONTRERAS HERNÁNDEZ, 1997). Sin embargo, también es cierto que, sin que se sobreentienda una correspondencia mecánica entre régimen de acumulación y modelos de consumo, la llegada de nuevos modos para la organización de la producción ha sido acompañada de cambios importantes en las pautas de consumo (GOODMAN; WILKINSON, 1994).

La dificultad para incrementar los niveles de consumo a partir de la saturación de los mercados ha favorecido la puesta en marcha por el lado de la oferta de estrategias de diferenciación de productos que atiendan a determinados nichos, cada vez más segmentados. Por otra parte, la fractura social generada por la globalización, que engendra una gran diversidad de "microtipologías" o grupos sociales, concentrados alrededor de dos polos crecientemente diferenciados en sus condiciones de vida, a la vez que trae consigo un modelo dual de consumo, incentiva estas estrategias empresariales de intensificación de los mercados basadas en la ampliación de la gama de productos. A ello habría que añadir otros factores, como la aparición de un nuevo funcionalismo en la comida, con criterios nutricionales, de salud, estética, y regímenes específicos diseñados para determinados grupos y edades, asociados, a su vez, con distintos niveles de ingresos, e incluso una cierta "individualización" de la dieta, junto

a cambios en el tiempo, lugar y contenido simbólico de la "ocasión de comer".

Todas estas tendencias suponen, a su vez, sin que esto sea incompatible con la segmentación que se acaba de señalar, un fuerte grado de homogeneización de las pautas de consumo alimentario, de tal modo que los recientes desarrollos de la tecnología y de la industria alimentaria, "han perturbado la doble función identificadora de lo culinario, es decir, la identificación del alimento y la construcción o la sanción de la identidad del sujeto" (CONTRERAS HERNÁNDEZ, 1997: 446).

A pesar de todo, las tendencias uniformadoras no permiten hablar de una "dieta global". Por el contrario, se mantiene e incluso se ve potenciada la importancia de los hábitos y gustos de determinados grupos étnicos, regionales y locales, y la generalización de los modelos alimentarios por encima de realidades culturales y economía locales tropieza con barreras y "resistencias", movimientos que se interpretan como de afirmación de lo local en el terreno alimentario.

En este contexto podríamos incluir la reivindicación del principio de soberanía alimentaria que, cuestionando el "modelo alimentario global", va más allá del consumo, y se enuncia como "el derecho de los pueblos, comunidades y países a definir sus propias políticas agrícolas, pesqueras, alimentarias y de tierra que sean ecológica, social, económica y culturalmente apropiadas a sus circunstancias únicas. Esto incluye el verdadero derecho a la alimentación y a producir los alimentos, lo que significa que todos los pueblos tienen el derecho a una alimentación sana, nutritiva y culturalmente apropiada, y a la capacidad para mantenerse a sí mismos y a sus sociedades" (FORO PARA LA SOBERANÍA ALIMENTARIA, 2002).

EL SISTEMA AGROALIMENTARIO EN ANDALUCÍA. ANTECEDENTES DE LA SITUACIÓN ACTUAL

La economía andaluza viene manteniendo una clara continuidad a lo largo de los dos últimos siglos en cuanto a su especialización productiva, definida alrededor de actividades estrechamente vinculadas con la explotación de los recursos naturales. Como antece-

dentes de la situación actual vamos a considerar los años 60 del siglo XX, que marcan en la economía española el arranque de una nueva etapa, precedente de la actual, que comienza en los 80. Al inicio de la década de los 60 se encontraba ya consolidada dentro del Estado una división territorial del trabajo en la que en Andalucía la especialización productiva giraba en torno al sector agrario y a la industria agroalimentaria. Veamos cuáles son los rasgos de estos dos eslabones del sistema agroalimentario en Andalucía.

La agricultura andaluza de los 60 a los 80

A principios de los 60, la agricultura andaluza se encuentra inmersa en un proceso que supondrá el fin de la llamada agricultura tradicional, basada en una abundante utilización de energía renovable, fundamentalmente tracción animal y fuerza de trabajo asalariado, con un nivel de salarios que en 1960 está todavía, en términos reales, por debajo del que se tenía en 1936, y con una fuerte polarización en la distribución de la riqueza generada en su interior. El soporte de esa agricultura, que no se modificará en las etapas siguientes, continúa siendo una estructura de la propiedad de la tierra enormemente desigual en la que aproximadamente el 2% de los propietarios posee más del 60% de este recurso (DELGADO CABEZA, 2002).

En su relación con la naturaleza, esta agricultura, que utiliza preferentemente consumos intermedios internos (procedentes del propio sector agrario), y renovables, mantiene sistemas de cultivos en gran medida equilibrados y con un alto grado de autonomía. Su orientación al mercado, y el bajo consumo de productos de fuera del sector, conlleva, de un lado, una importante capacidad para controlar sus propios mecanismos internos de acumulación de capital, y, por otra parte, la capacidad de generar un ahorro que va a transferirse hacia la financiación de actividades localizadas en los "centros" más industrializados como Cataluña o el País Vasco.

A su vez, las demandas de fuerza de trabajo para atender las necesidades de crecimiento de estos "centros" reclaman una mano de obra que la emigración hace más escasa en el lugar de origen, creándose así las condiciones para un aumento de los salarios, factor

fundamental en el arranque de la modernización del campo andaluz. Entendida ésta como el resultado de reproducir en la agricultura andaluza formas tecnológicas y de organización propias, en su origen, del desarrollo del sistema en otros territorios.

El proceso modernizador seguido por la agricultura andaluza en el período que va de los 60 a los 80 ha traído, entre otras consecuencias remarcables, una fuerte pérdida de empleo en el campo andaluz, que en estos años ve desaparecer más de la mitad de la ocupación existente a principios del período. Sin otras alternativas de creación de empleo, esta destrucción va a significar la crisis y descomposición del mundo rural, cuya población pasará en gran medida a engrosar las filas de la emigración, y un alejamiento del patrimonio natural andaluz como fuente de riqueza para la población.

Estrechamente relacionado con la disminución del empleo, el crecimiento de la productividad agraria se mantiene en este período a un ritmo muy elevado;



Valencina de la Concepción (Sevilla).
Foto: Víctor Fernández Salinas



El Coronil (Sevilla).
Foto: Jaime Moreno Tamarán

aproximadamente un 9% anual acumulativo. La marcha hacia una agricultura moderna se hace a una velocidad vertiginosa. Si a ello añadimos el fuerte ritmo de incremento de la producción agraria (más de un 5% anual acumulativo), la conclusión, desde un diagnóstico como el que con frecuencia se hace desde la economía convencional, centrado en el comportamiento de estas variables, sería que la agricultura andaluza, en este periodo, "progresó adecuadamente".

Sin embargo, desde el punto de vista de la riqueza monetaria generada por el campo andaluz, este intenso crecimiento de la productividad agraria se traduce en importantes ganancias de las rentas de capital frente a las rentas salariales. De modo que si la concentración en pocas manos de la riqueza generada por la agricultura andaluza había venido siendo una de las claves para entender la situación económica y social de Andalucía, ahora se acentúa esta desigualdad dentro de un proceso de modernización que desde el punto de vista social genera importantes costes que las cuentas de la economía convencional no recoge.

Del mismo modo sucede con las relaciones entre los sistemas agrarios y la naturaleza, sustancialmente modificadas por un proceso de modernización que supone el paso de una práctica agraria que implicaba la integración y la colaboración con la naturaleza para ampliar sus frutos, garantizándose la estabilidad de los agrosistemas, a una agricultura que entraña una degradación del patrimonio natural hasta límites que comprometen seriamente su propio futuro.

Los resultados de esta relación asimétrica pueden observarse décadas después del arranque de dicho proceso. Diversos trabajos al respecto (CONSEJO ASESOR DE MEDIO AMBIENTE, 1987; AMA, 1992; CONSEJERÍA DE MEDIO AMBIENTE, 1998) permiten evaluar la pérdida o destrucción de la fertilidad de nuestro suelo agrícola, la trascendencia de los procesos erosivos, la desaparición de razas y variedades vegetales, el avance de especies esquilmanes, la contaminación de las aguas o el rendimiento energético, cada vez más negativo, de una agricultura que no respeta las reglas de reproducción de los agrosistemas y en la que la



La relación asimétrica entre los sistemas agrarios y la naturaleza en el proceso modernizador conlleva la pérdida o destrucción de la fertilidad de nuestro suelo agrícola y procesos erosivos. Antequera (Málaga). Foto: Víctor Fernández Salinas

destrucción del patrimonio biológico y genético, que no tiene valor de mercado, contribuye a aumentar la rentabilidad del sector.

Dejamos aquí de lado una reseña más amplia de estos aspectos, de entre los cuales, si hubiera que citar uno sólo, cabría mencionar la importancia de los procesos erosivos y la consiguiente desaparición del propio soporte de la actividad agraria, el suelo fértil, del que por término medio se pierden en Andalucía, a finales de los 70, 43 toneladas por hectárea y año, siendo 10 toneladas por hectárea y año el límite a partir del cual se considera que se pone en riesgo su conservación.

Este es el camino de una modernización agraria que supone un comportamiento modélico desde el punto de vista de la evolución de los indicadores monetarios utilizados por el enfoque económico corriente, que soslaya los costes sociales y ecológicos que se derivan de esa triple separación a que hacíamos referencia en el epígrafe anterior: "externalización" de los saberes asociada al manejo de un paquete tecnológico ajeno a medio en el que se utiliza, creciente apropiación de energía y recursos renovables externos a los propios sistemas agrarios, y sobreexplotación y deterioro de los ecosistemas locales.

La industria agroalimentaria en Andalucía

Entre los rasgos que definen la situación de partida y la evolución seguida por la industria agroalimentaria andaluza de los años 60 a los 80 cabe destacar:

A) El punto de partida. Si centramos la atención sólo en los aspectos cuantitativos que tienen que ver con el nivel que alcanza el valor de la producción, a comienzos de los 60 la industria agroalimentaria andaluza suponía una parte importante, que está próxima al 25%, de la producción española equivalente y que se sitúa bastante por encima del porcentaje que representa la población andaluza en la española (19,4% en 1960).

Se trata de una actividad transformadora cuya producción está estrechamente relacionada con la del sector primario, en una fase en la que todavía la elaboración de los alimentos está muy vinculada a los centros de suministro de las materias a transformar, a causa, por una parte, del carácter perecedero de las

mismas, y por otra, del aún escaso grado de elaboración que experimentaban los productos alimentarios antes de ser consumidos.

B) Un tejido preindustrial. Si, más allá del nivel alcanzado por la producción, nos aproximamos a otras características de las actividades de transformación de productos agrarios comprendidas bajo el epígrafe de industria agroalimentaria, podemos entender mejor no sólo la situación en los comienzos de esta etapa a la que nos estamos refiriendo, sino también la dinámica posterior. En efecto, como se ha mostrado en otro lugar (DELGADO CABEZA, 1993), se sitúa en Andalucía una actividad "industrial" con un fuerte grado de pervivencia de formas productivas tradicionales o precapitalistas, con un elevado porcentaje de empleos no asalariados y muy bajos rendimientos. De modo que, bajo el predominio de un fuerte "minifundismo" empresarial, en 1964, fecha en la que ya había comenzado el desplazamiento de las industrias alimentarias alrededor de los grandes centros de consumo de las regiones industrializadas, todavía Andalucía contaba con un número de establecimientos en el sector que era el doble que el de Cataluña; el empleo era casi tres veces mayor. El valor añadido por persona empleada se reduce en Andalucía a la mitad del de Cataluña.

La capacidad de competencia de este débil tejido industrial andaluz cuando se intensifican las relaciones entre la economía andaluza y el exterior va a ser muy escasa frente a otros territorios. Esta situación desventajosa de partida es, a su vez, el resultado de un proceso histórico particular, que no propició el tránsito de la sociedad y la economía andaluza desde una sociedad agraria a una sociedad industrial, como había sucedido en otras áreas.

C) Una evolución divergente. En este período, la participación de la industria agroalimentaria andaluza en la producción española equivalente sigue una trayectoria decreciente, inversa a la que tiene en un área como Cataluña, de modo que mientras este territorio se asocia con una parte creciente del valor añadido por este sector en la producción agroalimentaria española, doblando su peso (del 10,3% en 1960 al 20% en 1981), Andalucía ve decrecer su participación de manera sistemática en los años considerados (del 25% en 1960 al 17% en 1981).

Para entender este recorrido divergente hay que tener en cuenta dos aspectos. Por una parte, la situación desigual de las condiciones de partida de los dos territorios implicará una repercusión también muy diferente de la apertura y el crecimiento económico sobre los respectivos tejidos empresariales. Por otro lado, como condicionantes de esta dinámica territorial van a ser importantes las modificaciones que experimenta el sistema agroalimentario ante la llegada a la economía española de esquemas organizativos que se corresponden con el llamado fordismo, que en estos años va a atravesar su época dorada.

Este es un nuevo modelo, dentro del cual las agriculturas se "industrializan", separándose progresivamente de su carácter de "economía natural" e integrándose en un sistema agroalimentario en el que el grado de elaboración o tratamiento de los productos es cada vez mayor, y el sector industrial se convierte en el centro de gravedad del sistema agroalimentario. Al mismo tiempo, van a tener lugar cambios notables también en los estilos de vida y de consumo. Cambios que resultan de la confluencia de un conjunto de elementos entre los cuales habría que señalar los intensos procesos de urbanización que acompañaron al auge de la producción en masa –grandes series estandarizadas–, la incorporación de la mujer a los mercados de trabajo, la creación de una importante demanda doméstica y la aparición de una tecnología específica para un consumo orientado hacia lo "moderno", lo "práctico", lo "cómodo", lo "rápido", ruptura simbólica con el pasado que supone reemplazar los antiguos bienes y formas de subsistencia por mercancías portadoras de valor de cambio; un consumo de masas con el que "la acumulación encuentra un punto de cierre para un modelo que consolida una nueva senda de crecimiento sostenido" (ALONSO; CONDE, 1994: 147).

En el caso de Andalucía, las nuevas condiciones que definen la etapa de fuerte aceleración del crecimiento de los años 60 suponen la desaparición, entre 1964 y 1973, de casi el 60% de los establecimientos que conformaban un sector agroalimentario de carácter artesanal y muy disperso, a la vez que se reduce el número de empleos, aunque en menor proporción. Esta desaparición de la actividad agroindustrial no fue la consecuencia de una transformación del tejido

empresarial hacia la creación de grandes o mayores unidades productivas, en un tránsito desde una situación más próxima a la libre competencia hacia la concentración de la producción, como sucede en ese período en las economías centrales. Como ya se ha señalado, la participación andaluza en el total español disminuyó ostensiblemente en el período considerado; la destrucción de una parte del tejido empresarial en Andalucía es el resultado de su propia debilidad, que lo sitúa en desventaja frente a la competencia.

LA GLOBALIZACIÓN Y EL SISTEMA AGROALIMENTARIO EN ANDALUCÍA

En la globalización, la economía andaluza viene intensificando su función suministradora de productos agrarios, de modo que la participación en el valor añadido por la agricultura española se sitúa ya alrededor del 30%. Mientras tanto, la industria y los servicios continúan con una importancia relativa muy escasa, en torno al 8-9% para la actividad industrial y un 13% para los servicios. Dentro del sector secundario sobresale la industria agroalimentaria, que con un 16% de participación en la agroalimentaria española todavía mantiene una cierta importancia, aunque es este un sector que continúa centrándose en torno a actividades que pueden considerarse una prolongación de la agricultura. En las páginas que siguen nos aproximamos con cierto detalle a estos dos eslabones del sistema agroalimentario en Andalucía.

Los campos andaluces en la globalización

La producción agraria andaluza se ha incrementado, en los últimos quince años, desde 1990, en un 27,5% en términos físicos, saliendo de los campos andaluces 20,7 millones de toneladas de biomasa para su venta en los mercados en 2005. Este incremento se sostiene en un uso creciente y continuado del consumo de recursos, materiales y energía. Sobre todo ha sido el crecimiento del regadío, en la región más árida de Europa, el soporte de este crecimiento de la producción agraria. De modo que la superficie regada, que ya venía creciendo de manera notable desde los 60, aumenta en un 55,6% desde 1980. Y aún en los últimos años, al mismo tiempo que se

asume el discurso de "la nueva cultura del agua", continúa en los campos andaluces la expansión del regadío, dentro del cual se registra un uso creciente de las aguas subterráneas, que pasan de 20% en los 80 a más de un 30% del total del agua utilizada en la actualidad. En el litoral andaluz, aproximadamente la mitad del regadío se abastece desde el subsuelo, con un grado importante de sobreexplotación de los acuíferos, estando afectados gravemente diez de las cuarenta y tres unidades hidrológicas consideradas en Andalucía.

A lo que habría que añadir la importante degradación de la calidad del recurso. En este sentido, ya en el Informe de Medio Ambiente de 1987, elaborado desde la Junta de Andalucía, se detectaban índices de calidad no admisibles en más de la mitad de los puntos observados en las distintas cuencas, así como problemas de eutrofización en los embalses, contaminación por nitratos y fosfatos, salinización, etc. Desde entonces, el deterioro no ha dejado de crecer, como se recoge en los sucesivos informes. Este aspecto, que debiera considerarse como trascendental para la evaluación de la calidad de la vida que se desenvuelve sobre un territorio, permanece oculto tras el velo de lo monetario. Son costes que no figuran en las cuentas del sistema económico al uso y, por tanto, a los efectos de su consideración son en gran medida inexistentes.

También ha crecido de manera importante el uso de fertilizantes y agrotóxicos. En el primer caso sobre todo en lo que se refiere a abonos nitrogenados, cuyo uso se ha incrementado muy por encima de lo que lo ha hecho el tonelaje de biomasa generada por la agricultura andaluza. En cuanto a desinfectantes y plaguicidas, el crecimiento mayor lo encontramos en el apartado donde se incluye el bromuro de metilo, cuyos efectos sobre el entorno próximo y la capa de ozono se consideran altamente peligrosos.

El suelo continúa con el problema de intensa erosión ya señalado a mediados de los 80 (AMA, 1987). Entonces, los resultados daban una pérdida media de 42,9 toneladas por hectárea y año, alcanzándose en algunas zonas del valle del Guadalquivir valores en torno a las 300 toneladas por hectárea y año. El Informe de

Medio Ambiente de 1998 nos dice que prácticamente un 40% del suelo andaluz sufre pérdidas superiores a 50 toneladas por hectárea y año, y en una cuarta parte del territorio de Andalucía se pierden por encima de 100 toneladas por hectárea y año. A los factores ya conocidos de mineralización y pérdida de materia orgánica como consecuencia del uso de fertilizantes y fitotóxicos, en suelos que permanecen desnudos durante gran parte del año, se unen en los últimos quinquenios otros elementos entre los que sobresalen el retroceso de la cobertura vegetal asociada a la expansión del cultivo del olivar. Esta pérdida de suelo fértil, menoscabo de un "bien fondo" con un marcado carácter no renovable, soporte de la actividad agraria y lecho ecológico sobre el que se desarrolla la vida, tampoco se registra, a pesar de su importancia evidente, en las cuentas agrarias que tratan de representar la situación del sector.

El crecimiento de la producción agraria al que antes nos referíamos ha sido enormemente desigual, en un proceso doblemente polarizado: desde el punto de vista de la especialización, con la concentración hacia determinados tipos de cultivos, y territorialmente, con una localización espacialmente muy restringida. En cuanto a los cultivos, la tendencia ha ido hacia la superespecialización en hortalizas y olivar, que ahora suponen más de la mitad de la producción en términos físicos y más de las tres cuartas partes del valor monetario de la producción final agrícola. Dentro de estas tres cuartas partes, las frutas y hortalizas suponen el 70%.

Esta fuerte concentración en torno a hortofrutícolas tiene una clara proyección territorial: la gran fábrica de hortalizas se sitúa en el poniente almeriense, donde se localiza más de la mitad de la producción andaluza de hortalizas en términos físicos, y algo más en términos monetarios. La agricultura, la actividad que en mayor medida se distribuía por el territorio, convertida ahora en uno de los mecanismos de intensificación de los desequilibrios territoriales en el interior de Andalucía.

La fabricación de los dos millones y medio de toneladas de hortalizas que salen de Almería, básicamente hacia los mercados de la Unión Europea, entraña la

movilización y el uso de una gran cantidad de recursos naturales, procedentes en su mayor parte de la zona donde se localiza el modelo, pero también de otros territorios, del exterior. La estimación de estos flujos anuales (DELGADO CABEZA; ARAGÓN MEJÍAS, 2006) nos permite hacer algunas puntualizaciones:

1) El tonelaje, sin contar el agua, de los materiales movilizados directamente –tierra, arena y estiércol– supone un volumen –5,8 millones de toneladas– casi dos veces y media el de la producción obtenida. Estos materiales son locales en su gran mayoría, implicando su movilización una intensa extracción y trasiego de fuertes repercusiones territoriales y ecológicas.

2) Este es un modelo que también viene exigiendo un consumo creciente de agua, de manera que la cantidad utilizada alcanza ya los 110 millones de toneladas, casi veinte veces más, en orden de magnitud, que los materiales implicados en el proceso, usándose y deteriorándose por contaminación o degradación una cantidad mayor que la que se repone por término medio anualmente en los acuíferos, que se declararon ya sobreexplotados en 1984. En 1985 la Ley de Aguas, y en 1986 un Real Decreto, declaraban también la sobreexplotación de los acuíferos y prohibían la ampliación de cualquier superficie de regadío. Desde entonces la superficie regada ha crecido en un 225%, en un proceso de expansión incontrolada en el que los invernaderos han llegado incluso a situarse en terrenos protegidos del parque natural Cabo de Gata, sin encontrar freno por parte de administración pública alguna. En este sentido cabe decir que, si hubiera que hacer referencia a situaciones de ilegalidad dentro del modelo, más de la mitad de los invernaderos almerienses podrían ser calificados de ilegales.

Este uso intensivo de agua traduce la situación paradójica de estar estimulando la dedicación de la zona más árida de Europa a la actividad económica de mayor consumo de agua. Aunque no es sólo un problema de cantidad de recurso como factor limitante del crecimiento. Lo fundamental es el orden de magnitud de los costes ambientales asociados a este modelo, entre los cuales hay que situar en un plano muy importante los impactos sobre la calidad del agua.

3) Se está forzando la extracción en Almería con una extracción mucho mayor que lo que supone lo obtenido; de modo que el sistema productivo almeriense apoya su funcionamiento en el uso y la degradación de los stocks de materiales disponibles en el entorno, aunque esto no aparezca así en las cuentas que en términos monetarios recogen los costes de esta agricultura, como se pone de relieve observando la valoración monetaria de los materiales y energía utilizados. Entre semillas y plantones, fertilizantes y fitosanitarios, apenas un 0,1% de los requerimientos de directos de materiales del modelo, se tiene un 71,9% del coste en términos monetarios de los mismos. La concepción y fabricación de semillas –en manos del capital global– tiene un carácter central para la agricultura bajo invernadero, tanto por el peso que representa en el coste como por su carácter insustituible en el proceso, siendo una de las principales vías por las que se incorpora al modelo la investigación y el desarrollo tecnológico, al tiempo que se externalizan y enajenan los saberes y las formas de producción necesarios para el manejo de la propia actividad agrícola. A su vez, el alto coste monetario que debe pagarse desde lo local por estos productos traduce, en términos de criterios de valoración, una parte de los mecanismos en los que se concreta el intercambio desigual.

4) Con estos mismos criterios de valoración, el sistema funciona a costa de una fuerte utilización y degradación del patrimonio natural local, tomándose del mismo gran cantidad de recursos de forma gratuita. Lo que se paga, y el agua es un buen ejemplo de ello, es el coste de su extracción, al que en algunos casos se suma el del transporte.

5) De manera análoga, tampoco hay penalización monetaria alguna para el vertido de residuos, cuya incidencia, a pesar de ser muy significativa, no es recogida por las cuentas. Los residuos vegetales conforman un tonelaje importante que se aproxima a la tercera parte de la biomasa que sale para la venta en los mercados, e incluyen restos de cultivos (frutos, tallos, etc.) y malas hierbas; su destino se distribuye entre los vertederos, a los que llega aproximadamente una cuarta parte; otra porción, cuando son frutos, se vende, y el resto se entrega a empresas de reciclaje o se usa para la alimentación



El uso intensivo de agua traduce la situación paradójica de estar estimulando la dedicación de la zona más árida de Europa a la actividad económica de mayor consumo de agua, la fábrica de hortalizas. Cultivos bajo plásticos en El Ejido (Almería). Foto: Víctor Fernández Salinas

del ganado. Frecuentemente también estos residuos son incinerados o abandonados en los alrededores de los invernaderos, siendo un importante foco difusor de plagas y de contaminación para las aguas de riego o incorporan su contenido tóxico a la cadena trófica cuando son ingeridos por el ganado.

Los residuos de fitotóxicos, estimados en 9 millones de toneladas, proceden del uso y abuso de productos químicos aplicados en los campos de Almería para conseguir efectos contundentes en un ambiente propicio para la proliferación de enfermedades y plagas, con la consiguiente difusión y acumulación de sustancias químicas y alteraciones en el suelo, y en el agua, resultando en este caso daños derivados de la hidrólisis

o de la acción de microorganismos sobre los lixiviados, a veces más graves que la propia contaminación por disolución de sustancias utilizadas. A estos residuos habría que añadir los envases, alambres, cartones, maderas, metales y sustratos, siendo estos últimos de una importancia creciente que ha sido evaluada en 2,5 miles de toneladas de lana de roca y 8,5 miles de toneladas de perlita.

A propósito de los cultivos en sustratos hay que señalar que el 20% de la superficie que se estima que funcionaba bajo este sistema en el año 2000, aumentando su importancia relativa conforme disminuye la edad de los invernaderos, demanda una media de un 70% más de agua y casi el doble de fertilizantes para



obtener sólo un 25% más de cosecha. Este uso más intensivo de los recursos se acompaña de una mayor cantidad de residuos, multiplicándose el agua lixiviada por 6 o 7 frente al sistema de enarenado y los residuos de fertilizantes por entre 10 y 15.

El modo de utilización de los recursos naturales y su valoración refleja una clara penalización de lo local desde los intereses del capital global que queda ratificada cuando completamos el análisis con la vertiente monetaria del modelo. Un modelo para cuyo funcionamiento ha resultado clave la intensificación de la producción y la evolución de los rendimientos. En efecto, lo "fabricado" se multiplica por cuatro en una superficie invernada que "sólo" se duplica; ante

las dificultades para crecer "a lo ancho" -problemas de ineficiencia para explotaciones de mayores tamaños, junto con las limitaciones que impone la acotación del espacio de localización-, se trata de responder con un crecimiento "a lo alto". De modo que el volumen de hortalizas obtenido por unidad de superficie se doble en dos décadas y media, haciéndose especialmente intenso el incremento desde los primeros años de la década de los 90. Esta intensificación ha sido el modo que los agricultores almerienses han encontrado para contrarrestar el deterioro del valor asignado en origen a sus productos, amortiguándose así la caída de los ingresos por hectárea, que evolucionan a un ritmo muy inferior al de la producción.

Detrás del debilitado ritmo que siguen los ingresos podemos encontrar el claro deterioro de los precios percibidos por los agricultores por kilogramo vendido, con una disminución de un 44% en los años considerados. Este descenso de los precios presiona al agricultor hacia la intensificación de la producción y los rendimientos, y está impulsada y vinculada estrechamente a los cambios tecnológicos, que mientras tanto han tenido lugar en la zona. Cambios que se refieren a: la renovación de las estructuras, la implantación de nuevas técnicas de cultivo, nuevas formas de control climático en invernadero, control fitosanitario e introducción de nuevas variedades.

Elementos modernizadores que van en la dirección de tratar de proporcionar más mecanismos para incrementar lo obtenido por unidad de superficie y controlar las condiciones en las que se desarrollan los procesos productivos, implicando un mayor grado de tecnificación y automatización y mayor dependencia de paquetes tecnológicos diseñados y elaborados cada vez más lejos del control del agricultor y del entorno en el que éste se desenvuelve, pero que el agricultor se ve obligado a utilizar para poder seguir siendo competitivo, en un camino que aproxima cada vez más su condición a la de un autómata que se limita a seguir instrucciones de uso, a aplicar recetas cuyos ingredientes son concebidos y en su gran mayoría fabricados en centros que tienen una conexión directa con las estrategias del capital global, adquiriendo así la economía local de manera creciente las características de economía de enclave.

En definitiva, necesidades de consumo intermedios y gastos de inversión crecientes frente al declive de los precios percibidos por los agricultores conducen a un descenso de la rentabilidad del modelo, en medio de una situación en la que, tanto la inversión necesaria para la instalación y el mantenimiento como los costes de cultivo hacen que el nivel de endeudamiento del agricultor almeriense sea alto. Según una encuesta de la Consejería de Agricultura y Pesca, el 73,6% de los agricultores están afectados por una deuda de tal modo que la anualidad de circulante o deuda a corto plazo a la que deben hacer frente casi la mitad de los agricultores almerienses endeudados había supuesto el 33% de los ingresos anuales medios obtenidos en

los dos años anteriores a la encuesta. La anualidad para hacer frente a la deuda a medio y largo plazo, en la que están implicados prácticamente todos los agricultores endeudados, supone más del 30% de los ingresos medios anuales de los dos años anteriores. El grupo que tiene contraídos los dos tipos de deuda, más de la tercera parte del total de los agricultores almerienses, tiene que hacer frente a una anualidad que supone el 64% de los ingresos medios de las dos campañas mencionadas.

Gastos crecientes frente a ingresos insuficientes son las dos componentes de la pinza en la que se encuentra prendida la agricultura forzada de Almería. El lado de los ingresos tiene bastante que ver con el sistema de comercialización y con el funcionamiento de la distribución de los productos hortofrutícolas en los mercados europeos. En este sentido, la mitad aproximadamente de la comercialización tiene lugar en origen, al través del sistema alhondiguista, que concentra la oferta en un espacio en el que funciona el sistema de subasta a la baja de la mercancía adquirida a continuación por el mayorista. La otra mitad -comercialización en destino- se realiza a través de cooperativas y sociedades agrarias de transformación, desde donde la adquisición por parte de los grandes operadores o los mercados de destino se hace a través de acuerdos comerciales. Los mercados de destino, por orden de importancia, se sitúan en Alemania, Reino Unido, Francia, Holanda, y el mercado español, siendo los principales operadores o clientes las grandes cadenas de distribución, que directamente adquieren cerca de un 40% del volumen total comercializado; si a esta cuota sumamos las compras a los intermediarios y las hortalizas que llegan a estos grandes distribuidores por la vía de las alhóndigas, el volumen adquirido por estos operadores gigantes debe estar muy en sintonía con su capacidad de control de los mercados en Europa, donde tienen en sus manos el acceso a los mercados agroalimentarios en más de un 70%. Por este camino, parece cada vez más claro que "el mercado hortofrutícola será el que dicten las grandes cadenas de distribución" (ALIAGA MATEOS, 2000).

Estas grandes corporaciones de la distribución, resultado de un fuerte proceso de concentración especialmente intenso en los últimos lustros, son hoy

los centros neurálgicos desde los que se gobierna la cadena alimentaria; con un creciente poder de negociación a partir del manejo de grandes volúmenes de mercancías y márgenes muy acotados, y de toda una logística y organización de la distribución. Desde estas posiciones de dominio, fijan las condiciones de venta, presionan los precios a la baja, consiguen mayores aplazamientos en los pagos y mejores condiciones de entrega, a la vez que aprovechan la competencia entre espacios proveedores como Almería para obtener una parte mayor en la apropiación del valor generado en la cadena alimentaria. Presión desde lo global hacia el sistema productivo local que termina siendo trasladada hacia las partes más vulnerables dentro del mismo, de modo que las estrategias que se ponen en marcha en las explotaciones agrícolas para aliviar las tensiones provocadas "desde arriba" se traducen en una intensificación en la explotación de los recursos naturales y humanos utilizados por el modelo.

Junto al uso intensivo de los recursos naturales, que ya ha sido reseñado anteriormente, la intensificación en la utilización de la fuerza de trabajo constituye el otro pilar sobre el que se apoya el funcionamiento del modelo almeriense. Un modelo en el que se ha ido acentuando progresivamente el carácter empresarial, con un peso creciente de la mano de obra asalariada, cuyos costes se sitúan hoy en torno al 40% de los gastos totales de explotación. Aunque esta creciente "asalarización" del sistema todavía es compatible con una cantidad importante de trabajo familiar, estimada en torno a la mitad del trabajo utilizado. Claro que su peso y distribución es muy desigual según el número de miembros del grupo doméstico y el tamaño de la explotación. Incluso en las explotaciones de pequeño tamaño se suele recurrir al trabajo asalariado, en los momentos en que los requerimientos de mano de obra son mayores.

Esta fuerte dependencia que el modelo almeriense tiene del trabajo se compatibiliza ahora con la máxima flexibilidad -adaptación total, de una parte, y mínimo compromiso de otra- al menor coste monetario, a través del recurso a una mano de obra inmigrante, precarizada y vulnerable. En este contexto, la segregación, la segmentación étnica del mercado de trabajo, la desvalorización de la cualificación, el control del empre-



Cultivos bajo plásticos en Moguer (Huelva).
Foto: Víctor Fernández Salinas



Residuos de agrotóxicos.
Foto: Arthur Setsuo Tahara

sariado sobre la situación legal del inmigrante, y otros muchos, son los mecanismos que presionan a la baja los salarios y contribuyen a generar unas condiciones de vida y de trabajo que han llevado a considerar la existencia de una nueva esclavitud para colectivos a los que se utiliza estrictamente como mercancía, procurando que su presencia en la vida social local, fuera de los lugares de trabajo, sea "invisible".

Estamos pues, ante un sistema de extracción y apropiación de riqueza en el que los flujos, tanto monetarios como de energía y materiales, circulan cada vez con mayor intensidad, organizándose los recursos utilizados y la generación de valores monetarios a ellos asociados, en función de intereses que, desde

lo global, gobiernan la dinámica que condiciona los procesos que tienen lugar en el interior del sistema productivo local. La cantidad de recursos puestos en juego y la velocidad con que se mueven justifican, desde los enfoques de la economía convencional, un diagnóstico positivo de la situación, basado estrictamente en la cuantía del valor dinerario en circulación, aunque para ello tengan que ser ignorados daños, dimensiones y costes no contabilizables en términos monetarios, pero esenciales para el mantenimiento de la vida de la zona.

Un modelo que, con otras variantes, en Andalucía resulta familiar. Zonas incluso muy próximas al Campo de Dalías, como Rodalquilar en Almería o Alquife en Granada, han conocido experiencias en las que la vida de la comarca se ha puesto al servicio de intereses foráneos que, circunstancialmente, han orientado la utilización de los recursos locales en su beneficio. La situación de profunda depresión en la que han quedado esos espacios cuando han dejado de ser "objeto del deseo" del capital global puede ser un buen motivo

para la reflexión. Una reflexión no sólo sobre nuestra propia situación, sino también sobre la "comunidad de intereses" que nos une a los demás pueblos utilizados por el modelo, frente a un sistema económico que apela y generaliza el uso de una única razón, la de la eficiencia económica expresada en términos de dinero; una razón que, como nos recordaba Saramago en su discurso al recoger el Nobel, "usamos perversamente cuando humillamos la vida".

GLOBALIZACIÓN E INDUSTRIA AGROALIMENTARIA EN ANDALUCÍA

Desde los 80, la industria agroalimentaria localizada en Andalucía ha mantenido su cuota de participación en la producción agroalimentaria española aunque, continuando como la actividad industrial más importante, ha experimentado intensas transformaciones que son en gran medida también el resultado de la dialéctica entre lo global y lo local en todas sus dimensiones (social, económica, ecológica, cultural). Entre



Fassara, Mady, Mamadou, Elhadji y Ousmane, miembros de Terralgan, asociación de apoyo solidario para el inmigrante africano. Fuente: Terralgan

las implicaciones de esa dialéctica en podemos aquí destacar las siguientes:

1) Un núcleo polarizador de actividades se distancia del resto

En las últimas décadas, se ha ido estrechando el abanico de nuestra especialización, que ahora está fuertemente polarizada en torno a la producción de aceite de oliva, vinos, licores y cerveza (bebidas alcohólicas), y azúcar. Estos tres sistemas de aprovisionamiento centran la dedicación agroalimentaria de la economía andaluza.

2) Una especialización productiva de rango inferior

Las actividades productivas que conforman el núcleo en torno al que se define la especialización productiva en la industria agroalimentaria, con la excepción de la elaboración de cerveza, poseen características cuyo denominador común es la proximidad a la agricultura y su escaso grado de elaboración. Se trata de actividades de primera transformación, extensión continuada de las actividades agrarias. Su bajo grado de transformación y el bajo precio relativo por unidad de volumen de las materias primas, junto con su fuerte peso en el coste de la producción final, hace ineficiente su localización alejada de las zonas en las que tiene lugar la producción agraria. La andaluza es por tanto una especialización que se aleja progresivamente del núcleo más dinámico del sistema agroalimentario, ligado a productos que son el eslabón final de una cadena cada vez más compleja.

3) Creciente orientación hacia fuera

Tanto la agricultura como la industria agroalimentaria se orientan de manera creciente hacia la exportación polarizando la venta en el exterior de productos andaluces. Por otra parte, las importaciones de productos agroalimentarios han crecido muy por encima de los que lo han hecho las compras en el exterior para el conjunto de la economía andaluza. Este fuerte incremento traduce una creciente separación entre la oferta interior –alimentarias elaboradas en Andalucía que se sitúan en los mercados locales- y las necesidades de productos agroalimentarios expresadas en los mercados andaluces

–demanda interna de estos productos–, de tal modo que esta demanda se satisface de manera creciente desde el exterior. Desde los 80 ha tenido lugar un descenso de la capacidad para satisfacer la demanda interna con productos locales. Cerca del 60% de los productos agroalimentarios consumidos en Andalucía deben ahora importarse.

4) Crecimiento sin empleo

La actividad agroalimentaria localizada en Andalucía ha venido experimentando en las últimas décadas un proceso de fuerte crecimiento económico, que ha sido compatible, como venía sucediendo ya en etapas anteriores, con la disminución del número de establecimientos y la destrucción de empleos. Los cambios en el sistema agroalimentario a los que se ha hecho referencia en apartados anteriores, con implicaciones territoriales muy importantes, junto con la modernización dentro de un proceso de fuerte intensificación de la competencia, en el que la economía andaluza parte en condiciones desventajosas frente a otras economías, han tenido como consecuencia la continuidad de la destrucción de un tejido empresarial que ya en los 60 vio desaparecer más de la mitad de sus establecimientos.

5) Concentración territorial de la inversión

La inversión en la industria agroalimentaria andaluza ha seguido en la globalización unas pautas territoriales asociadas a una distribución muy desigual de las inversiones por municipios. Las inversiones se han concentrado, más de la mitad, en apenas una veintena de municipios, de modo que la mayor parte del territorio andaluz queda al margen de los procesos de crecimiento y acumulación que tienen lugar en el sector agroalimentario, sector que en etapas anteriores se caracterizaba por una gran dispersión territorial de su actividad. El área metropolitana de Sevilla y la Bahía de Cádiz, junto con las capitales de Málaga y Granada y algunos municipios vertebrados alrededor del valle del Guadalquivir, acaparan la dinámica espacial de la industria agroalimentaria. La industria agroalimentaria, como la agricultura, también se ha convertido en un mecanismo acelerador de los desequilibrios territoriales en el interior de Andalucía.

6) Penetración del capital global y control de los procesos de crecimiento y acumulación

En este contexto, nos encontramos en el agroalimentario andaluz con un proceso de fuerte polarización empresarial, e intensa concentración, fruto de los procesos de fusión y adquisición llevados a cabo por las grandes firmas del sector, de tal modo que una veintena de establecimientos acaparan, a finales de los 90, un porcentaje muy importante del valor de la producción, el empleo o la inversión. Las actividades a las que se dedican estos establecimientos giran en torno a bebidas sin alcohol (refrescantes o agua), cerveza o lácteos, o subsectores más vinculados a la existencia y explotación de inputs locales (vinos, aceite y aceitunas, arroz) (DELGADO CABEZA; MÁRQUEZ GUERRERO, 1999).

En este grupo, desde el que modula en gran medida el proceso de crecimiento y acumulación del agroalimentario andaluz, encontramos tres características de interés a reseñar aquí:

a) Por una parte, una creciente vinculación de las empresas a las que pertenecen estos establecimientos a grandes grupos empresariales que actúan a gran escala, y que se traduce en la mayoría de las ocasiones en procesos de adquisición de la parte más saneada del patrimonio empresarial local desde lo global. Este sería el caso de Cruzcampo (propiedad del grupo Guinness), Aceites Carbonell (Grupo Koipe), Compañía andaluza de cervezas (Grupo Bavaria), Agrovic-Sur (Grupo Montmelley), o Arrocerías Herba (Ebro Agrícolas, Cía de alimentos). A estas empresas hay que añadir las que directamente se localizan ya como establecimientos pertenecientes a grandes grupos empresariales (Danone, Donut Corporation, San Miguel, Pepsico). Se trata, en ambos casos, de establecimientos o empresas que, localizados en Andalucía, pasan a comportarse como piezas que forman parte de las estrategias globales del capital transnacional.

b) Al mismo tiempo que tiene lugar esta pérdida de protagonismo del capital local en la actividad empresarial más importante del tejido económico andaluz, encontramos algunas empresas de origen familiar local que, en su proceso de expansión, consiguen globa-

lizarse. González Byass o la familia Hernández serían los casos más ilustrativos de este grupo.

c) En paralelo, detrás de algunas de estas empresas de cabecera encontramos apellidos procedentes de la vieja oligarquía local, convertidos en concesionarios de prósperos negocios asociados a grandes marcas globales (Gómez-Trénor, Mora Figueroa, Bohórquez y Osborne estarán entre ellos).

A partir del año 2000 se refuerzan estos rasgos consolidados en los años 90, de modo que ahora (para el año 2005), la polarización empresarial a la que antes nos referíamos se traduce en que las 15 primeras empresas del sector acaparan más de la mitad del valor añadido por las empresas agroalimentarias localizadas en Andalucía, apropiándose las tres primeras en 2005 (Heineken España, S.A., Rendelsur S.A. y Puleva Food) de más de un tercio del mismo. Esta gran capacidad para apropiarse de valor asociada a los grandes grupos empresariales hay que relacionarla con la posibilidad que tienen estos grandes grupos de crear y adquirir dinero financiero y con la consiguiente capacidad para apropiarse de activos patrimoniales y ponerlos al servicio de sus estrategias financieras de creación de valor.

Algunos de los casos que ilustran la penetración del capital global y la apropiación por parte del mismo de las partes más saneadas del patrimonio empresarial local nos muestran a la vez el desplazamiento de lo económico desde la producción y el comercio de mercancías a la mera apropiación, desposesión y utilización de activos patrimoniales en beneficio de un capital global con capacidad para manejar e incluso modificar a su favor las reglas del juego que rigen en el sistema (DELGADO CABEZA, 2009).

7) El predominio de la gran distribución

Como última característica de la industria agroalimentaria en la globalización tendríamos que reseñar su inserción en un sistema en el que se ha visto afectada por los cambios y tendencias que han tenido lugar en el sector de la distribución comercial. Un sector que en la globalización ha experimentado un fuerte proceso de concentración liderado por grandes corporaciones transnacionales articuladas en redes globales

de abastecimiento, que cobran un papel estratégico en la cadena agroalimentaria, fundamentalmente por su capacidad para controlar el acceso a mercados con un importante grado de saturación.

En Andalucía este proceso se ha traducido en una creciente polarización empresarial reflejada en la destrucción, en la década de los 90, de más de la cuarta parte del comercio tradicional, mientras que en los mismos años el número de hipermercados crece en un 44%. Esta última forma "moderna" de comercio, en manos del capital global, controla casi el 40% de las ventas de productos agroalimentarios en Andalucía a finales de los 90 (CANO ORELLANA; SOLER MONTIEL, 1999; SOLER MONTIEL, 2001).

Las repercusiones en la estructura productiva de la industria agroalimentaria andaluza de estas formas comerciales tienen lugar a partir de estrategias empresariales en la distribución, como la de las marcas blancas, el aplazamiento de pagos y otras formas de presión sobre precios y otras condiciones, especial-

mente desfavorables para las pequeñas y medianas empresas locales. Esta posición de poder dentro de la cadena alimentaria por parte de la gran distribución hace cada vez más necesaria, para ser contrarrestada desde la producción, una capacidad de negociación y de competitividad en gran medida ausente en los débiles tejidos empresariales periféricos como el andaluz.

Por otra parte, las nuevas formas comerciales, muy selectivas en su localización espacial, son, en Andalucía, un elemento importante en la jerarquización del territorio, favoreciendo la concentración en espacios urbanos en los que cada vez juegan un mayor peso las economías de aglomeración, y contribuyendo al mismo tiempo al deterioro y la exclusión del medio rural andaluz (SOLER MONTIEL, 2001).

CONSIDERACIONES FINALES

En este recorrido a través de los principales rasgos del sistema agroalimentario en Andalucía hemos tenido

PRINCIPALES EMPRESAS DE LA INDUSTRIA AGROALIMENTARIA EN ANDALUCÍA

| 2000 | Valor agregado | % acumulado | 2005 | Valor agregado | % acumulado |
|----------------------------|----------------|-------------|------------------------|----------------|-------------|
| Heineken España S.A. | 15,3 | 15,3 | Heineken España S.A. | 19,7 | 19,7 |
| Rendelsur S.A. | 12,1 | 27,4 | Rendelsur S.A. | 10,3 | 29,6 |
| Pernod Ricard España. S.A. | 5,6 | 33,3 | Puleva Food S.L. | 4,8 | 34,4 |
| González Byass S.A. | 2,9 | 35,9 | González Byass S.A. | 2,3 | 36,7 |
| Grupo Ángel Camacho | 1,9 | 37,8 | Ganad. Valle Pedroches | 1,2 | 37,9 |
| Luis Caballero S.A. | 1,5 | 39,3 | Sada Andalucía S.A. | 1,1 | 39,0 |
| Aguas Lanjarón S.A. | 1,3 | 40,6 | Aceites del Sur | 1,1 | 40,1 |
| Hermanos Macías S.A. | 1,3 | 41,9 | Herba Ricemills | 1,1 | 41,2 |
| Willians&Humbert S.A. | 1,2 | 43,1 | Migasa | 1,1 | 42,3 |
| Ganad. Valle Pedroches | 1,1 | 44,2 | Grupo Ángel Camacho | 1,0 | 43,3 |
| Bodegas Osborne S.A. | 0,9 | 45,1 | Luis Caballero S.A. | 0,8 | 44,1 |
| Migasa | 0,9 | 46,0 | Bodegas Osborne S.A. | 0,7 | 44,8 |
| Sada Andalucía S.A. | 0,9 | 46,9 | Grupo Dhul | 0,7 | 45,5 |
| Antonio Barbadillo S.A. | 0,8 | 47,7 | Coosur S.A. | 0,7 | 46,2 |
| Fabricación Cárnicas S.A. | 0,8 | 48,5 | Procavi | 0,6 | 46,8 |

Fuente: DELGADO CABEZA, 2009

ocasión de observar un proceso por el que la forma en que nos alimentamos, y también los modos de producción y distribución de los alimentos, han experimentado un proceso de enajenación por el que hemos ido perdiendo el dominio sobre lo que comemos así como también se ha ido alejando de nosotros el control sobre los alimentos que aquí se fabrican y se distribuyen. La alimentación ha ido progresivamente siendo un ámbito de nuestra vida apropiado por el capital global y gestionado desde su lógica. Una lógica a la que René Passet ha denominado "la lógica de las cosas muertas", porque, en esencia, tanto la realidad alimentada por ella como su correspondiente ideología van en contra de la vida.

Es cada vez más evidente que, abastecidos desde un sistema para el que la alimentación se ha convertido en un negocio que obedece a la única razón del crecimiento y la acumulación, nos alimentamos cada vez peor, dentro de modos y esquemas que hacen cada vez más daño a la naturaleza y a nosotros mismos. Aunque es importante subrayar que lo que aquí hemos contado es sólo la manera de alimentarnos propiciada desde el sistema, la que se nos impone desde las estrategias de las organizaciones empresariales que gobiernan el sistema alimentario. Afortunadamente hay otra realidad que, aunque incipiente, tiene mucho más futuro que la que ahora predomina; es una realidad que está surgiendo desde iniciativas y movimientos que funcionan con otras lógicas más cercanas a los intereses de la gente. Otras maneras de alimentarnos y de producir y distribuir alimentos no sólo son posibles, sino que son imprescindibles, y, además, ya están en marcha. A exponer esos caminos, más esperanzadores, se dedican otros capítulos de este libro.

Notas

¹ Así se entiende este término en un principio, cuando comienza a hablarse de desterritorialización del capital (DE MATTOS, 1990), aunque después se le haya podido asociar al "fin de los territorios" (BADIE, 1995), como si las dinámicas económicas en la globalización pudieran considerarse en su desenvolvimiento indiferentes a o fuera de la dimensión territorial.

² Implicaciones que afectan a dimensiones significativas no sólo en el ámbito de lo económico sino en el de lo cultural y lo político.

Bibliografía

AGENCIA DE MEDIO AMBIENTE (1993) *Medio Ambiente en Andalucía. Informe 1992*. Sevilla: Consejería de Cultura y Medio Ambiente, 1993

ALIAGA MATEOS, J. A. (2000) Evolución de la horticultura intensiva en Almería: claves para la modernización. *Anuario de Agricultura Almeriense*. Almería: Novotécnica, 2000

ALIMARKET (2006) *Informe Anual*. Madrid: Publicaciones Alimarket S. A., 2006

ALONSO, L. E.; CONDE, F. (1994) *Historia del Consumo en España*. Madrid: Debate, 1994

ARQUITECTURA SOCIAL (2007) *PGOU de Sevilla, la construcción de un dueño* (en línea) <http://www.arquisocial.org/tiki-read_article.php?articleId=121> (consulta: 20/05/10)

BADIE, B. (1995) *La fin des territoires. Essai sur le désordre international et sur l'utilité sociale du respect*. Paris: Fayard, 1995

CANO ORELLANA, A.; SOLER MONTIEL, M. (1999) Los cambios en la distribución comercial alimentaria y sus repercusiones en la industria alimentaria andaluza. En *Globalización e industria agroalimentaria en Andalucía*. Sevilla: Grupo ÁREA, Mergablum, 1999, pp. 221-264

CONSEJERÍA DE MEDIO AMBIENTE (1999) *Informe 1998. Medio Ambiente en Andalucía*. Sevilla: Consejería de Medio Ambiente, 1999

CONSEJO ASESOR DE MEDIO AMBIENTE (1988) *Informe General del Medio Ambiente en Andalucía 1987*. Sevilla: Consejería de Medio Ambiente, 1988

CONSTANCE, D. H.; HEFFERNAN, W. D. (1994) Las empresas transnacionales y la globalización del sistema agroalimentario. En BONANNO, A. (coord.) *Globalización del sector agrícola y alimentario*. Madrid: Secretaría General Técnica. Ministerio de Agricultura y Pesca, 1994, pp. 105-144

CONTRERAS HERNÁNDEZ, J. (1997) Alimentación y sociedad. Sociología del consumo alimentario en España. En GÓMEZ BENITO, C.; GONZÁLEZ RODRÍGUEZ, J. J. (coord.) *Agricultura y Sociedad en la España contemporánea*. Madrid: Centro de Investigaciones Sociológicas y Ministerio de Agricultura, Pesca y Alimentación, 1997, pp. 417-451

DELGADO CABEZA, M.; ARAGÓN MEJÍAS, M. A. (2006) Los campos andaluces en la globalización. Almería y Huelva fábricas de hortalizas. En ETXEZARRETA, M. (coord.) *La agricultura española en la era de la globalización*. Madrid: Ministerio de Agricultura y Pesca, 2006

DELGADO CABEZA, M. (2009) Transformaciones del poder económico en Andalucía. Reacomodo de las viejas oligarquías y

los poderes transnacionales. En AGUILERA, F.; NAREDO, J. M. (ed.) *Economía, Poder y Megaproyectos*. Lanzarote: Fundación César Manrique, 2009

DELGADO CABEZA, M. (1993) Las tres últimas décadas de la economía andaluza. En MARTÍN RODRÍGUEZ, M. (dir.) *Estructura Económica de Andalucía*. Madrid: Espasa Calpe, 1993, pp. 73-111

DELGADO CABEZA, M. (1998) La globalización ¿nuevo orden o crisis del viejo? Desde el Sur. *Cuadernos de Economía y Sociedad*, nº 1, 1998, pp. 5-37

DELGADO CABEZA, M. (2002) *Andalucía en la otra cara de la globalización. Una economía extractiva en la división territorial del trabajo*. Sevilla: Mergablum Edición y Comunicación, 2002

DELGADO CABEZA, M. (2004) ¿Industrialización y desindustrialización? Reflexiones en torno a la historia económica de Andalucía. En GONZÁLEZ DE MOLINA, M.; PAREJO, A. (ed.) *La historia de Andalucía a debate. III Industrialización y desindustrialización de Andalucía*. Barcelona: Anthropos y Diputación Provincial de Granada, 2004, pp. 59-76

DELGADO CABEZA, M. (2006) Economía, territorio y desigualdades regionales. *Revista de Estudios Regionales*, nº 75, 2006, pp. 93-128

DELGADO CABEZA, M.; MÁRQUEZ GUERRERO, C. (1999) La estructura agroalimentaria en Andalucía. Especialización productiva y estructura empresarial. En *Globalización e Industria Agroalimentaria en Andalucía*. Sevilla: Grupo AREA, Mergablum, 1999, pp. 19-99

FEÓ PARRONDO, F. (2005) La industria cervecera en España. *Anales de geografía de la Universidad Complutense*, nº 25, 2005, pp. 163-178

FORO PARA LA SOBERANÍA ALIMENTARIA (2002) (en línea) <<http://www.soberaniaalimentaria.com/textos/ForoSobAlimentaria2002.htm>> (consulta: 20/05/10)

GOODMAN, D.; WILKINSON, J. (1994) Agro-food futures: towards a polyvalent agrofood system. En MCMICHEL, P. (ed.) *Food Systems and agrarian change in the late twentieth century*. Ithaca: Cornell University Press, 1994

GOODMAN, D.; REDCLIFF, M. (1991) *Refashioning Nature*. London: Routledge, 1991

HARVEY, D. (1989) *Las condiciones de la posmodernidad*. Buenos Aires: Amorrortu, 1989

KLEIN, N. (2001) *No logo. El poder de las marcas*. Barcelona: Paidós, 2001

KNEEN, B. (1999) Restructuring food for corporate profit: The corporate genetics of Cargill and Monsanto. *Agricultural and Human Values*, v. 16, 1999, pp. 161-167

KONEFAL, J.; MASCARENHAS, M.; HATANAKA, M. (2005) Governance in the Global Agro-food System: Backlighting the Role of Transnational Supermarket Chains. *Agriculture and Human Values*, v. 22, nº 3, 2005, pp. 291-302

LYSON, T. A.; LEWIS RAYMER, A. (2000) Stalking the wily multinational: Power and control in the US food system. *Agriculture and Human Values*, v. 17, 2000, pp. 199-208

MANUEL JEREZ, E. DE; LÓPEZ MEDINA, J. M. (2003) Tablada, 37 y Rojo: Rien ne va plus. *EL PAÍS*, 22 de marzo de 2003

MARSDEN, T.; WHATMORE, S. (1994) Finance Capital and Food System Restructuring: National Incorporation of Global Dynamic. En MCMICHAEL, P. (ed.) *The Global Restructuring of Agro-Food Systems*. Ithaca, NY: Cornell University Press, 1994, pp. 107-128

MATTOS, C. (DE) (1990) Reestructuración social, grupos económicos y desterritorialización del capital. El caso de los países del cono sur. En ALBURQUERQUE, F.; MATTOS, C. DE; JORDÁN, R. (ed.) *Revolución tecnológica y reestructuración productiva: impactos y desafíos territoriales*. Buenos Aires: ILPES/ONU, IEU/PUC y Grupo editor Latinoamericano, 1990

MCMICHAEL, P. (2002) La restructuration globale des systèmes agro-alimentaires. *Mondes en Développement*, v. 30, nº 117, 2002, pp. 45-53

NAREDO PÉREZ, J. M.; VALERO CAPILLA, A. (coord.) (1999) *Desarrollo económico y deterioro ecológico*. Madrid: Fund. Argentaria y Visor, 1999

NAREDO PÉREZ, J. M. (2000) El decálogo de la globalización financiera. *Le Monde Diplomatique* (edición española), febrero 2000

NAREDO PÉREZ, J. M. (2006) *Raíces económicas del deterioro ecológico y social. Más allá de los dogmas*. Madrid: Siglo XXI, 2006

PEÑERO CÁNOVAS, A. (1998/1999) Taylor y ford en los campos. Trabajo, género y etnia en el cambio tecnológico y organizacional de la agricultura industrial. *Sociología del Trabajo*, nº 35, 1998/1999, pp. 25-56

SANZ CAÑADAS, J. (1993) *Industria Agroalimentaria y Desarrollo Regional. Análisis y toma de decisiones locacionales*. Madrid: Ministerio de Agricultura, Pesca y Alimentación, 1993

SOLER MONTIEL, M. (2004) *La vitivinicultura del marco de Jerez en la globalización. 1980-2002*. Tesis Doctoral, 2004, Facultad de Económicas. Universidad de Sevilla, inédito

SOLER MONTIEL, M. (2001) Impactos económicos y territoriales de la reestructuración de la distribución comercial en Andalucía en los años 80 y 90. *Revista de Estudios Regionales*, nº 59, 2001, pp. 97-125

VELTZ, P. (1999) Mundialización, ciudades y territorios. Barcelona: Ariel, 1999